

# ¿Y si fuera una cuestión de honor?

*Honor: Cualidad moral que lleva al cumplimiento de los propios deberes respecto del prójimo y de uno mismo.*

*Escribe: Hugo Vergara - Docente de Humanidades y Facultad de Comunicaciones*



*La valiente y honorable acción de Raúl Porras Barrenechea le permitió llegar al billete de 20. El rostro del ex presidente Prado jamás tuvo ese privilegio.*



Hay, por lo menos, dos películas hollywoodenses que fueron presentadas en habla hispana como “Cuestión de Honor”: *A few good men* (1992) y *Pride and Glory* (2008). A pesar de esa confusa y molesta costumbre publicitaria, en este caso el cambio, al menos, resulta coherente.

*A few good men* expone la decisión de unos abogados militares norteamericanos de denunciar a un condecoradísimo coronel sindicado como responsable intelectual del homicidio de un soldado de origen latino. En *Pride and Glory*, la encrucijada del detective Tierney resulta más complicada cuando su hermano, policía también, aparece involucrado en el asesinato de cinco colegas. En ambas, la cuestión es clara: cumplir con los deberes que moralmente les exigen su institución, su país y su conciencia misma o consentir que la admiración, el afecto o la camaradería, permitan una injusticia.

Es evidente que la disyuntiva de los protagonistas de estas historias enfrentaba ciertos códigos como el mandato a la obediencia, respeto a la autoridad y protección a la familia contra otros como el derecho a la vida y el cumplimiento cabal de la Ley. Precisamente, para que exista una cuestión de honor, los deberes y obligaciones se cruzan. Lo indica claramente la primera acepción que la Real Academia de la Lengua Española tiene para honor: *cualidad moral que lleva al cumplimiento de los propios deberes respecto del prójimo y de uno mismo*. Es decir, no se puede tomar una decisión sin antes haber revisado cada uno de los intereses involucrados, privados o públicos, personales o colectivos. La cuestión se centra en el respeto de la honra; se debe proteger la honorabilidad de las personas o restablecerla.

Entonces, el honor no es siempre avenido a la honra. Para el filósofo venezolano Rafael Baralt, el honor se constituye por códigos estructurados por costumbres en el espacio y el tiempo. Es arbitrario y convencional, mientras que la honra es invariable e inherente a la naturaleza misma de las cosas, es decir que trata de las virtudes. Eso impide que un criminal sea tomado

como honrado a pesar de tener un código de honor al que se rija. El verdadero hombre de honor es el que defiende las virtudes.

En 1960, el canciller Raúl Porras Barrenechea, ministro de Relaciones Exteriores del Perú, debía dar un discurso en la cumbre de cancilleres de la OEA para definir la postura del gobierno peruano en la crisis entre EE.UU. y Cuba. Los norteamericanos habían pactado previamente con la mayoría de gobiernos para que aboguen a favor del bloqueo económico y la censura que buscaban contra la revolución cubana, muchos se prestaron. El presidente peruano, Manuel Prado Ugarteche, envió a Barrenechea, reconocido por su postura conservadora de derecha, a sumarse a los deseos estadounidenses. Sin embargo, cuando Barrenechea empezó su discurso, enfatizó la vocación conciliadora del Perú y recordó que fueron latinoamericanos, quienes por primera vez buscaron la hermandad de todos los pueblos de América. Dicho eso, rechazó enérgicamente toda injerencia extranjera con afanes totalitaristas: “... *América Latina, distinta fundamentalmente de los Estados Unidos por su individualismo exagerado, su idealismo tenaz, su entusiasmo por las ideas puras y los dogmas políticos, la indisciplina de su vida política, su culto de las ideas de humanidad e igualdad, ha erigido particularmente como norma de su vida internacional la proscripción de la fuerza y la exclusión de los elementos perturbadores del orden y las doctrinas disociadoras de otras partes del mundo, que chocan, como dijo Sáenz Peña, con la fecundidad del suelo americano y con los sentimientos de clemencia y generosidad propios de nuestra raza.*”

Pese a la incomodidad y la agitación política causada, al punto que Prado no solo exigió su renuncia sino ordenó que no fuera recibido en el aeropuerto por una comitiva como le correspondía a su investidura, Barrenechea recibió reconocimientos por su entereza. Él se vio envuelto en su particular cuestión de honor, supo enfrentarse a ella y pasó a la posteridad. Una lección de honorabilidad política que, en la actual coyuntura, parece tristemente imposible.